

en Dios y en la bravura de mis tropas». Luego, de repente, añadió: «¡Somos rusos, Dios está con nosotros! ¡Salvad el honor de Rusia y de su Czar, salvad al hijo de nuestro Emperador!» y pronunciando estas frases, se echó á los pies del Gran Duque vertiendo abundantes lágrimas. Todos los generales se conmovieron. Derfelden habló, respondiendo de la abnegación inquebrantable de sus tropas. «Sí, replicó Suwarow, somos rusos; con la ayuda de Dios podremos vencerlo todo». A propuesta del Gran Duque, se acordó desistir de la marcha á Schwitz y torcer á la derecha, en dirección á Glaris, por el Pragel y el Klenthal.

Pero esta retirada ofrecía también grandes dificultades, por cargar sobre los rusos casi todo el ejército francés. Molitor se había apostado en el Klenthal, resuelto á cerrarles el paso, y Massena corrió, después de su victoria de Zurich, para atacarles por retaguardia. Suwarow conjuró el peligro con sus atinadas disposiciones. Molitor fué rechazado y perseguido hasta más allá de Glaris; Massena perdió en dos combates más de tres mil hombres. El cuatro de Octubre, Suwarow logró reunir en Glaris todas las divisiones de su ejército. No tenía entonces delante más que los batallones de Gazan y Molitor, unos ocho mil hombres; las tropas rusas, victoriosas hasta entonces en todos los encuentros, estaban llenas de ardimiento y de confianza en sí mismas; el jefe de Estado Mayor austriaco insistía en que se atacase; á lo mismo se inclinaba Suwarow; pero los demás generales opinaban lo contrario; de su parecer participó el gran duque Constantino, y se decidió continuar la retirada por el paso del Panix, que el enemigo había dejado libre. Se equivocaron. El cinco de Octubre, en Schwanden, les atacaron los franceses de frente y por el flanco á un tiempo, causándoles numerosas bajas. Pero la jornada más terrible fué el seis de Octubre, por el paso del Panix, coronado de nieve, de suelo resbaladizo y en el que les sorprendió tremenda tempestad. El grueso de las tropas pasó la noche sin fuego ni aliento, en la pendiente ó en la cumbre de la montaña; muchos soldados se helaron; otros rodaron por el resbaladizo sendero hasta el fondo de los precipicios; la mayor parte de las bestias de carga se perdió, y se abandonaron todos los cañones. El once de Octubre llegaron, en fin, á Feldkirch, donde se les unió la artillería de campaña, que había llegado por el Tirol. El ejército había quedado reducido á quince mil hombres.

Este fué el triste fin de la marcha de Suwarow al través de los Alpes. Sin dejar de reconocer que los planes del general ruso adolecían de defectos, es evidente que el causante principal del desastre fué Thugut. Si el Archiduque hubiese esperado en Suiza la llegada de Suwarow, poco les hubiese costado derrotar juntos á Massena y echar del país á todos los franceses, después de lo cual habría podido Carlos marchar á desempeñar en el bajo Rhin su fácil cometido. Esto es lo que el Archiduque quería y lo que no pudo efectuar, por las terminantes órdenes de Viena. El egoísmo de Thugut, que sólo pensaba en el engrandecimiento territorial del Austria y en servirse de las fuerzas aliadas para la conse-

cución de este mezquino fin, fué el demonio que inutilizó los desinteresados esfuerzos de Rusia y disolvió la coalición.

A la primera noticia de la derrota de Korsakow, Carlos hizo retroceder la mayor parte de sus tropas, unos treinta y dos mil hombres, á varios puntos de la frontera suiza, y él mismo fué á establecer su cuartel general en Donaneschingen. El siete y el once de Octubre le escribió Suwarow, resuelto á tomar la revancha contra los franceses, exponiéndole un plan de campaña. Pero el incansable general tuvo que reprimir sus bélicos impulsos. Oficiales, generales y, á la cabeza de todos, el Gran Duque Constantino, declararon que, después de las grandes pérdidas sufridas, era imposible pensar en nuevos combates y nuevas fatigas; que en todos los corazones rusos no había más que un solo deseo, el de volver á su amada patria y no verter una gota más de sangre rusa, para sostener á la pérfida Austria. Este era cabalmente el tema de Suwarow, á cuya indignación contra el Austria añadieron á la sazón nuevo combustible varias circunstancias: primero, la relación oficial de Korsakow sobre la vergonzosa derrota de Zurich, de la que se justificaba el general vencido echando la culpa de todo á los austriacos; luego, una carta de Turín, del estadista sardo Saint André, quejándose de la tiranía austriaca en el Piamonte y apelando á la grandeza de alma de los rusos; á seguida, carta del embajador ruso en Viena, Kolytscheff, que denunciaba la presencia de un embajador francés en aquella ciudad y prevenía á Suwarow contra las intrigas de sus aliados; por último, la actitud del general Petrash, que, preguntado acerca de si cooperaría á la ofensiva proyectada, respondió que nada podía hacer sin orden del Archiduque. Exacerbado por todos estos pinchazos, Suwarow escribió el trece de Octubre á Rostopchin y el catorce al mismo Emperador, manifestándoles que nada se podía esperar del Archiduque y que, en su consecuencia, había determinado trasladarse á la margen septentrional del lago de Constanza, reunirse allí con Korsakow, salir de Suiza y sentar los cuarteles de invierno en sitio conveniente. El mismo catorce escribió al Archiduque, que la fatiga y desnudez de sus soldados no le permitían pensar en la ejecución del plan que le había enviado; que iba á unirse á Korsakow en el lago de Constanza y que aplazaba para entonces su resolución. Mediaron aún varias comunicaciones entre los dos caudillos; el austriaco propuso al ruso una entrevista en Stokach; Suwarow la eludió, y el veintidós de Octubre dijo su última palabra, en nueva carta al Archiduque. Acusaba á los austriacos de haberlo comprometido todo alejándose precipitadamente de Suiza; se gloriaba de haberse abierto victoriosamente paso al través de las fuerzas superiores del enemigo, y declaraba que, para dar á sus tropas seguridad y reposo, veíase forzado á tomar cuarteles de invierno seis leguas hacia atrás. Suwarow condensaba sus sentimientos en estas palabras, que repitió varias veces: «Para que yo devolviese mi confianza á los austriacos, sería menester que el Archiduque, ese héroe de una desgraciada ofensiva, atacase resueltamente á Suiza con todo su ejército; obrando con in-



teligencia y valor, podría conquistarla en un mes; entonces, habiéndose repuesto mis tropas, podría ir yo en su ayuda». Con satisfacción recibió el diez y ocho de Octubre carta del Czar, autorizándole á que, desde el instante en que concibiese la menor sospecha de arreglo separado entre Austria y Francia, continuase solo la guerra ó regresase con el ejército á Rusia, abandonando la pérfida Austria al juicio de Dios.

En efecto, desde primeros de Septiembre, la corte de San Petersburgo había marchado á la par con Suwarow en la creciente desconfianza del Austria. De todos lados le llegaban á Pablo motivos de disgusto con su aliada. El Rey de Cerdeña se le quejaba de que, habiendo desembarcado en Livurna, no había podido continuar su camino por habersele prohibido, en nombre del Austria, la entrada en terreno Piamontés. Saint-André le participaba, en comunicación conmovedora, haberle declarado el general Zach, sin ambages, que el Austria no permitiría el acceso al Piamonte á un rey aliado de Francia y que dispondría de aquel país por derecho de conquista. Llególe, por último, la respuesta de Thugut á la proposición que le había dirigido de celebrar un congreso en San Petersburgo, redactada en tono categórico, perentorio y ofensivo. Como las quejas del Rey de Cerdeña se repitieran, Pablo dió el diez y ocho de Octubre á su embajador en Viena el encargo de averiguar qué territorio de Italia quería anexionarse al Austria y cuáles eran sus intenciones en cuanto al rey de Cerdeña. Acababa de salir el despacho para Viena cuando se recibió, el veintiuno de Octubre, la comunicación de Korsakow acerca de la derrota de Zurich, de la que no hubo en la corte quien no hiciese responsable al Austria. La medida estaba colmada. El veintidós escribió Pablo al emperador Francisco acerba carta, expresándole que la partida precipitada del Archiduque y la mala fe del ministerio vienano habían causado la ruina de las tropas rusas, y que, á partir de este instante, se separaba de los intereses del Austria y renunciaba á toda comunidad con Francisco, para no facilitar el triunfo de la mala causa. Copia de esta carta se envió á Suwarow, con la orden de tomar las medidas necesarias para el regreso, si la ejecución de los antiguos proyectos (el restablecimiento de la monarquía de los Borbones) le parecía imposible. «Antes debías salvar la monarquía, decíale Pablo; salva ahora á los soldados rusos y el honor de tu Emperador». Así acabó la segunda coalición.



## CAPITULO VIGÉSIMO SEXTO

Bonaparte en Egipto.



EMAMOS á Bonaparte camino de Malta. Se componía su armada de quince navíos de línea, catorce menores, otras tantas fragatas y setenta y dos corbetas, bergantines, avisos y demás embarcaciones pequeñas. Entre Tolón, Génova, Ajaccio y Civita Vecchia, se habían reunido cuatrocientos transportes. La tripulación subía á diez mil marineros, y el ejército expedicionario pasaba de treinta mil hombres, de las distintas armas, escogidos de los ejércitos de Italia. Ejercían el mando de estas fuerzas los tenientes generales Desaix, Kleber, Menau, Regnier, Bow, Duguet, contándose entre los mariscales de campo á Marmont, Murat, Junot, Lannes y Davoust. Todos tenían ya un nombre esclarecido por sus talentos ó su valor. Con especialidad Kleber y Desaix eran dos generales eminentes, dotados ambos de las más relevantes cualidades, si bien diferían notabilísimamente en su carácter y en su manera de ser. Los dos debían cubrirse de gloria en aquella tierra de Egipto, adonde les llevaba, sin ellos saberlo aún, el hombre extraordinario cuya fortuna quisieron seguir; y ¡coincidencia extraña!, el destino que así uniera sus nombres, había de depararles la muerte el mismo día, aunque muy lejos uno de otro, al primero allá, en Egipto, bajo los golpes del puñal de un fanático; al segundo, en Italia, en el campo de Marengo, peleando heroicamente, sacrificando su existencia á la victoria, como un romano de la antigüedad. Obedecían los artilleros á Donmartin y los ingenieros á Caffarelli du Falda, de clara inteligencia y muy instruido al par que militar valeroso, resistente á las